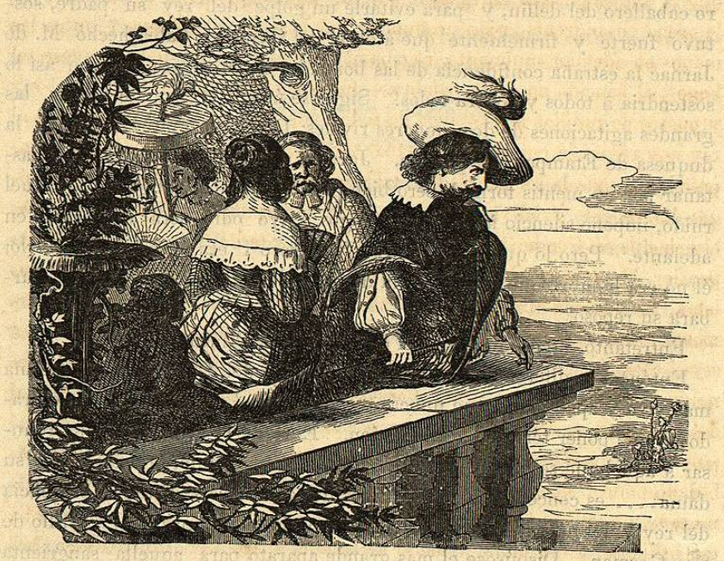
cios guerreros, que para nadie era dudoso el resultado del combate. Así es que el del Castañar se presenta como á una fiesta: nada disputa sobre armas ofensivas y defensivas y acepta todas las condiciones de los padrinos de M. de Jarnac. El punto vital para M. de Jarnac era el de no batirse cuerpo à cuerpo, pues su antagonista lo hubiera sofocado, segun era de diestro: *ni un Breton* se aventurara de ese modo con el señor del Castañar. Jarnac colocó en su brazo un escudo todo de una pieza, tirante como un muro de cobre y el del Castañar no podia superar aquel obstàculo. Los testigos de este cometieron la gran falta de no moderar su ardor impaciente, sino que lo dejaron abandonarse à su valor, sin comprender cuánto M. de Jarnac, dueño de sí mismo y de su espada (porque habia recibido lecciones de un capitan italiano llamado Caise), era peligroso. Es un hecho que el rey mismo tuvo demasiada confianza en la habilidad probada de su campeon. Cuando por último el del Castañar y Jarnac se encontraron uno en frente de otro con la espada en la mano, ya podeis imaginaros el espanto de las damas, el silencio de los hombres, la curiosidad



de todos! El señor del Castañar llevaba consigo quinientos gentiles-hombres, la flor de la corte y del ejército, vestidos todos con sus colores, que eran blanco y encarnado. M. de Jarnac llevaba apénas cien hombres vestidos de blanco y negro; y si no hubo en aquel lugar un espantoso conflicto entre todos aquellos valientes, fué gracias á la prudencia y sabiduría de M. de Boissy, padrino del señor de Jarnac, y de M. de Vendôme, despues rey de Navarra, que no fueron de opinion de que M. de Jarnac, despues de su victoria, se paseara sobre aquella arena ensangrentada, al toque de los tambores y trompetas. Por lo que hace al rey Enrique II, olvidó á su favorito el señor del Castañar luego que hubo muerto.



Pero, volviendo á los *furores de la espada*, como dice Brantôme, el combate entre el del Castañar y M. de Jarnac no fué de larga duracion. Aquel se adelantaba lleno de ardor y de resolucion, cuando por un golpe rápido, que todavía hoy se llama *el golpe de Jarnac*, fué herido de una pierna y cayó. La causa de M. de Jarnac quedaba victoriosa, faltando solo, segun la ley de los duelos, que aquel brillante señor del Castañar confesara que habia mentido y pidiera gracia al vencedor, lo que era del todo imposible para el mas desdeñoso de los hombres. No habia que contar con que el del Castañar, aunque batido, diese satisfaccion completa al vencedor; algo mas, nunca hubo manifestacion mas profunda de desprecio que la que se pintaba en el semblante de aquel: permanecia acostado en la arena ensangrentada sin pronunciar palabra: en vano Jarnac, juntas las manos en ademan suplicante, rogaba al del Castañar que le restituyese el honor; el vencido no decia palabra.—Entónces Jarnac, vuelto hàcia el rey y puesto de rodillas á presencia de todos, suplica una, dos y tres veces al rey que responda por el del Castañar. El rey guarda silencio! Ya comprenderéis toda la solemnidad de tal momento! Y allí estaban todos, amigos del vencido y del vencedor, de Ascot, Montmorency, MM. de Guisa, el príncipe de Condé, M. de Nevers y la señorita de Nevers, M. de Montpensier, M. Strozzy, M. de Randon, M. de Lusignan, madama de Angulema, M. de Nemours, M. de Châtillon, M. de la Gave y todos esos hermosos jóvenes y todas esas bellas muchachas que dentro de poco iban á ser el escuadron volante de la renia Catalina de Médicis. Momento lleno de angustia y de tortura! Por último, el rey consintió en aceptar al del Castañar, es decir, á responder por él, con lo que fué quitado del campo.—Se le queria salvar y se podia; pero él, espíritu altivo, alma inflecsible, no pudo resignarse á vivir; comprendió que no quedaba para él ni homenage, ni alabanza, ni respeto en aquella jóven corte que se anunciaba tan brillante, y con mano firme se arrancó el aparato puesto sobre su herida. Asì murió, á los veintitres años, el hermoso, el elegante, el intrépido, el enamorado Francisco de Vivonne. El rey le tenia prometido el cargo de coronel general de la infantería francesa. Fué llorado de unos, y poco sentido de otros; era uno de esos valientes importunos, prestos siempre á la batalla. Tuvo, sin embargo, la fortuna de no haber vivido bajo

el ministerio del cardenal de Richelieu; acaso habria muerto de muerte mas triste y con menos pomposo aparato.

El reinado cortísimo de Enrique II comienza por un duelo y acaba por un torneo: Enrique II muere de una muerte mas desgraciada y mas imprevista que su antiguo amigo el del Castañar. La casa de Valois se estingue poco á poco en esas miserias. Oh! si quisiéramos interrogar á todas las memorias del castillo de S. German; si despues de haber reanimado los recuerdos de los reyes y de los capitanes, gustàsemos de poner presentes las galanterìas y los amores, encontraríamos mas de una historia amatoria bajo los artesonados; mas de una bella dama que se oculta bajo las sombras. Es la hora de las locuras sin recato, de los amores que ningun miramiento detiene, de los escándalos de que nadie se cuida. Luis XIV no vendrá sino despues para sujetar á regla aun los arrebatos de cólera de la corte de Francia. En caso de necesidad, el castillo de S. German os referiria toda la vida de Catalina de Médicis. Marchaba con cabeza erguida, la mirada desdeñosa y soberbia y el pié atrevido y bien calzado. La llamaban la reina de las bellas manos. Apénas llegó de Florencia, cuando dió prueba de ser en efecto una reina: enseñó á las mas bellas damas de la corte muchos adornos nuevos que inventaba cada dia para sacar mejor partido de su orgullo y de su belleza: atravesaba aquellas largas galerías, acompañada de una inmensa comitiva de cortesanos que se afanaban por agradarla; grandes señores y príncipes, caballeros y pages, princesas y damas de la corte de Francia: marchaba vestida á la francesa, cubierta la cabeza con un capirote adornado de gruesas perlas, llevando un vestido con grandes mangas de tela de plata y apoyándose en dos bellas muchachas de alta estatura, que sonreian á la belleza de su soberana. Por la mañana iba á cazar al inmenso bosque, donde aventajaba á los mas valientes, llegando la primera á la muerte del ciervo, y mirándolo morir sin arrugar la ceja; en la noche dirigia la danza, y entónces se dignaba sonreir. Ella era feliz y estaba contenta: el gato-tigre encubria la garra bajo el terciopelo. No hay en toda aquella casa real un recodo, por pequeño que sea, en que la reina no haya conducido una intriga de política ó de amor; no hay en aquel viejo bosque una encrucijada ó sendero en que la reina no haya galopado á caballo, siendo la primera en poner el pié sobre el arzon. A los sesenta años cumplidos la reina Catalina montaba todavia á caballo, y si llegaba á caer, se levantaba pronta y resueltamente. Jugaba á la pelota, juego viril en que ganaba à los mas hábiles; tiraba del arco y daba al blanco; inventaba juegos, pasatiempos, poesías. Sí, ciertamente, el teatro del castillo de San German



es una ruina, lo mismo que la capilla; pero en aquel teatro habia hecho Catalina de Médicis representar la *Sophonisbe* de M. de Saint-Gelais, y sus camaristas eran las que declamaban los versos. Despues de la tragedia venia la comedia. Moliére no habia nacido ni Corneille tampoco. Las bufonadas italianas hacian reir á carcajadas á la sobrina de Leon X y de Lorenzo el Magnífico.—Ella manejaba la aguja maravillosamente; ella compuso las mas pacientes obras maestras de tapicería, dejando muy atràs á la reina Matilde, muger de Guillermo el Conquistador, que escribió en tapicería la historia de la conquista de Inglaterra, que podreis ver en la biblioteca de Bayeux.—Comprendeis seguramente toda la vida de aquella corte nueva, todo su espíritu, todas sus intrigas, á aquella muger regente y gobernadora de un reino.—Y cuando hubo muerto su marido, muerto tan jóven, matado tan à prisa, esa reina se apodera de todo lo que queda! —Pero nosotros no escribimos aquí mas que la historia del castillo.—La reina dió en él una bella fiesta á los polacos que fueron á pedirle su hijo para la Polonia: diez y seis damas y señoritas de las mas bellas y elegantes de la corte se presentaron en un peñasco de plata, y dando la señal del baile treinta violines, las bonitas personas que representaban à las diez y seis provincias de Francia, presentaron à la reina, al rey de Polonia, á su hermano, al rey y á la reina de Navarra, los frutos de cada provincia: la Provenza, cidras y naranjas; la Champaña, trigo; la Borgoña, vino; la Bretaña gentes de guerra. La reina habia traido de Florencia y aprendido ademas del rey Francisco I su suegro, maestro de primera clase en esa clase de ciencias, el arte de dar fiestas reales. Ella amaba los ricos trages, los nobles adornos, á las bellas señoritas bien vestidas, ordenándoles que tuviesen gracia y conversacion dulce, á fin de que todo gentilhombre que se presentase en la cámara de la reina, fuese bien venido y bien recibido. Cuando la reina pasaba la buena estacion en el castillo de San German, se trasladaba allí la corte, pares, duques, condes, barones y caballeros de Francia, y lo que es mas, bellas damas y señoritas.—Ocupaban el primer lugar entre estas, las hijas de Francia, madama Isabel, que fué reina de España; madama Claudia, duquesa de Lorena; madama Margarita, reina de Navarra; madama la hermana del rey, duquesa de Saboya; la reina de Escocia, despues delfina y reina de Francia, esa bella, elegante, poética é infortunada María Stuart; la reina de Navarra Juana de Albret, y madama Catalina, su hija, hermana del rey Enrique IV, à la que no se debe confundir con su muger, la otra reina de Navarra; y la hija natural de Enrique II, la bella Diana.—Y despues de estas princesas de la sangre real venian los grandes nombres de la monarquía: la princesa de Condé; madama de Nevers, de la casa de Vendôme; madama de

Guisa, de la casa de Ferrara; Diana de Poitiers, duquesa de Valentinois; Mad. de Montpensier, de Rieux, de Elbeuf, de la Roche-sur-Yon, de Usez, de Brissac, de Châtillon, de Biron, de Joyeuse, de Bouchage, de Barbe rieux, de Carnavalet, de Guémenée, de Lansac, de Villeroy, de Entragues, de la Meilleraye, de Fargi, de Lude, de Sancerre. Llevaban todas ellas de un modo natural y encantador, altivas de su belleza, satisfechas de su nobleza, esos grandes nombres célebres en todas las batallas de la monarquía y gloria de las diferentes provincias: Rohan, Sourdis, San Andres, de Montbrun, y las cuatro bellas escocesas, Flammia, Atou, Beton, Leyiston; las señoritas de Fontpertuis, de Torigny, de Ribeirac; las señoritas del Castañar (jamas pasaban por el lugar en que el señor del Castañar habia muerto), de la Châtre, de Miranda, de Brissac, madama Dampkille, hermana del historiador Dávila, jóven griega escapada por milagro á la matanza de la isla de Chipre; las señoritas de Grammont, de Estrées (*Gabriela y Diana*) de Rostaing, de Barbezieux, y como la mas bella flor de aquella fresca canastilla de primavera de la Francia y de la corte, la señorita de Guisa, muy bella y honesta princesa, y la señorita de Longueville dotada de la misma virtud y de la misma belleza. Así, en aquella corte de que debia salir el dia de San Bartolomé, abundaba toda belleza, toda magestad, toda gracia: al ver á aquellas nobles damas, á aquellas muchachas tan bellas y agradables, tan bien presentadas y aptas para prender fuego en todo el mundo, criaturas mas bien divinas que humanas, ni uno solo hubiera pensado que todo aquel júbilo iria á parar en el inmenso atentado que anegó en sangre á la raza de los Valois. Nadie podria haber dicho cual habia de ser el término de aquellas fiestas brillantes que parecian no tener fin! Casamientos de reyes, entrada de príncipes, matrimonio de las hijas de Francia, el delfin, el rey Cárlos, el rey Enrique III, la reina de España, madama de Lorena, y las nupcias de M. Joyeuse y las bandas de color, las libreas, las fiestas de Natividad y de Ramos; toda belleza, toda gracia, todo buen porte, las ricas literas, las bellas hacaneas enjaezadas, sombreros guarnecidos de flotantes plumas que parecian pedir amor ó guerra; toda esta rica y soberbia ostentacion á la Francisco I, esa corte pingüe y espléndida.... todo esto va á desvanecerse como otros tantos fantasmas sorprendidos á media noche por la campana que toca en San German de Auxerrois al degüello de los protestantes.

Entónces una voz plañidera se hizo oìr à la puerta del castillo de San German-en-Laye; dos sombras descoloridas y fatigadas se presentan, pidiendo con voz turbada que se les abra la puerta; esas dos sombras sangrientas, esos dos matadores que llaman precipidamente, son la reina Catalina de Médicis y su hijo el rey Carlos IX, dos asesinos de un pueblo á



quienes el remordimiento lleva á aquel asilo de las fiestas de la galanteria y de los placeres, y que, huyendo del furor y de la indignacion popular, van à buscar algunas horas de un sueño imposible en el castillo de San German!

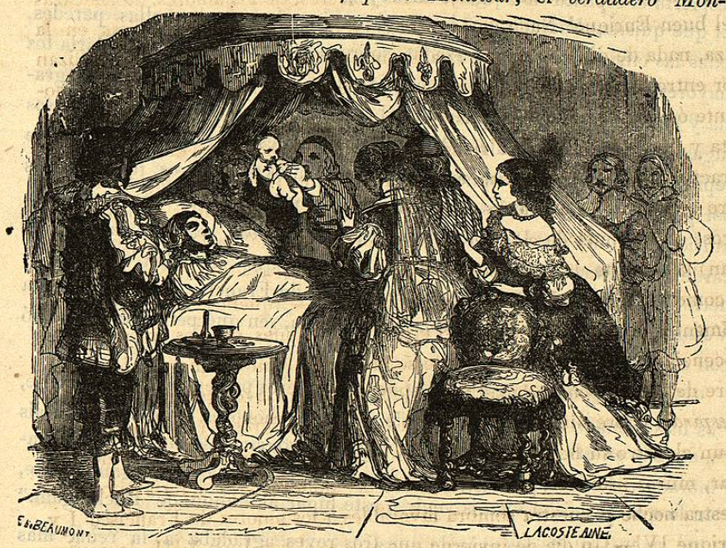
Llega Enrique IV, la raza de los Valois desparece y se estingue en una nube de sangre; en fin, despues de rudas jornadas y de vivas batallas reaparecen algunos dias hermosos de reposo y de descanso. El castillo de San German se llena de nuevo con el ruido de las fiestas y de los placeres; la caza, ese gran placer de los reyes, y sobre todo, de Enrique IV, llena de nuevo el real bosque con su alegre trompeta: el Bearnes se abandona con toda su vivacidad á aquella emocion de las bellas mañanas; mas de una vez al voltear de una calle, se encontraba con la encantadora sonrisa de la bella Gabriela, que jugueteaba como un niño en los jardines cubiertos de flores; mas de una vez, tambien, en el ángulo de una encrucijada veía el rey á M. de Sully, su vecino, que venia de Rosny para hablar con su señor de los intereses del rey y del porvenir de la Francia. Un dia que el ministro estaba de buen humor y mas accesible que de ordinario, observó Gabriela que el viejo castillo estaba bien triste; era tan viejo y ella tan jóven! El traía á la memoria lúgubres recuerdos, y ella estaba en todo el esplendor de la belleza y de la esperanza! En dos palabras; fué construido un pabellon para el amor de Gabriela; pero el pabellon de Gabriela ha desaparecido, lo mismo que la fortaleza de Luis el Gordo y de Carlos V.—Qué se ha de hacer? los siglos se amontonan sobre los siglos, los amores sobre los amores, las dinastías se borran, caen las casas, y sobre todo las mas altas. Despues de la gloria lo que mejor se defiende es alguna vieja encina secular que no estorba á nadie la vista y que respeta la hacha del leñador.

Enrique IV murió demasiado pronto para todo aquello que amaba y de que era amado. Si hubiera vivido, habria hecho de San German una residencia hasta tal punto regia, que no le hubiera ocurrido á su nieto la idea de abandonar aquellas grandiosas moradas para trasladar al bosque de Versalles el asilo de su reinado omnipotente. Del *Castillo nuevo* edificado por Enrique IV, no queda mas de una pared vieja: los escudos de armas han sido borrados de aquella pieza deshonrada! Viene esa corte nueva y prudente que el cardenal lleva consigo cuando reina bajo el nombre del rey Luis XIII. El castillo de San German toma entónces un aspecto nuevo: se iba entónces allì, en las grandes circunstancias, á meditar despacio sobre los grandes negocios, para tener la vista sobre Paris, y sujetarlo bajo su mano poderosa, miéntras que se desesperaban las cábalas de la corte. Bien visto, el rey Luis XIII està triste, es desgraciado y tí-

mido; tiembla delante del ministro, y sin embargo se avergüenza cuando le dicen que el hijo de Enrique el Grande hace el papel de subalterno. Ah! estamos lejos de la alegria, de los placeres, de los amores, de las cazas del buen Enrique! Nada de aventuras en el bosque, nada de citas en la caza, nada de dichos agudos; cuando mas, de tiempo en tiempo se deslizan por entre los arbustos entristecidos algunas dulces imágenes, sombra inocente ó satírica de las bellezas de otro tiempo. María de Hautefort, bonita y burlona, que busca riendo las huellas borradas de Gabriela; belleza atractiva absolutamente dispuesta à amar á aquel rey fastidioso y fastidiado; pero que en fin se cansa de que lleguen á sus oidos ridículos é inútiles suspiros. Y despues de esta (el mas casto recuerdo del castillo de San German) la señorita de Lafayette, tan tímida como el rey mismo, tan paciente como la señorita de Hautefort lo era poco.—Aquellos eran los bellos momentos del rey Luis XIII!—Pero en fin, despues de dos años de esa inocencia, la señorita de Lafayette se arrepintió tanto como la de Lavalliére debia arrepentirse mas tarde de faltas mejor averiguadas. Ella quiso *espirar*, pobre niña! una seduccion tan poco peligrosa, y fué á encerrar en un claustro su belleza y su pureza original. Cuán asombrados debiais estar, muros profanos, y vosotras, florestas amorosas, que habriais prestado vuestra noche y vuestra sombra favorables à los amores de Francisco I y Enrique IV!—Un dia de invierno que volvia el rey Luis XIII de visitar en la reja de su convento á la señorita de Lafayette, sucedió que la reina María de Médicis, que tenia entónces treinta y seis años y cuatro meses, se halló embarazada del rey Luis XIV; y en efecto, el domingo 5 de Septiembre de 1638, á las once y media de la mañana, en el castillo de San German, á presencia del duque de Orleans, de la princesa de Condé, de la condesa de Soissons y de la duquesa de Vendôme, la reina María de Médicis dió á luz al príncipe que iba á ser el señor del gran siglo. Fué aquella una alegria inmensa para todo el reino. El rey, que para nada habia salido de San German, apenas abrazó al heredero de su corona, se fué á dar gracias á la capilla de su castillo, en donde se cantó un *Te Deum!* La feliz noticia atravesó el espacio con mas rapidez que si hubiera sido llevada en camino de fierro, pues era trasmitida de boca en boca. A medio dia supieron los parisienses el acontecimiento de las once y media: los gritos y trasportes de alegria y el cañon de la Bastilla, respondian al cañon del Arsenal. El niño creció en el castillo. A los tres meses habia agotado ya el seno de tres nodrizas: mas adelante fué bautizado en la capilla del castillo, á presencia de aquel que habia de ser bien pronto el señor del reino de Francia, el cardenal de Mazarin.—El castillo de San German, evidentemente era provechoso á la dinastía de los reyes de Francia. En



él vino tambien al mundo, el 21 de Septiembre de 1639, el hijo segundo del rey y de la reina; ese niño el *pequeño Monsieur*, el *verdadero Mon-*




*sieur*, como decia madama de Motteville, se llamó el duque de Anjou. "Tenia la tez muy blanca, el pelo negro, los miembros perfectamente bien hechos." Oh revoluciones! el pabellon en que nació el rey Luis XIV, pintado y vuelto á pintar de amarillo por un restaurador, sirve hoy à los agentes de cambio en receso y á las condesas desveladas de la calle de Helder!

Durante la regencia de la reina Ana de Austria, en aquellos dias tempestuosos que señalaron la menor edad del rey Luis XIV, el castillo de San German vino á ser el asilo de aquella corte á la vez brillante y un tanto sublevada, que por su espíritu, galantería y valor fué el preludio de todas las grandezas del gran siglo. Esa reina Ana de Austria es célebre por sus gracias y sobre todo por su habilidad. Tiene completamente el aire y el aspecto de una gran reina, y nunca quedan satisfechos los historiadores de los esfuerzos que hacen para pintar la magestad de su semblante, la belleza de sus manos y el largo de sus cabellos.

Al lado de la reina se mostraba el cardenal de Mazarin, el verdadero señor de aquella época: genio diestro y flecsible, *razonablemente cargado del odio público*, segun decia el cardenal de Retz, y que llegó, por la paciencia y por la sangre fria, al mismo resultado que el cardenal de Richelieu por el genio y por el terror. Preciso es no engañarnos, el castillo de